

Preciso es, pues, corregir á nuestro corazón dulce y tranquilamente, y no excitarlo ni turbarlo más. Pues bien, debemos decirle: corazón mío, amigo mío, en el nombre de Dios ten valor; caminemos, estemos vigilantes, elevémonos á nuestro socorro y á nuestro Dios.—Ah! seamos caritativos con nuestra alma, no la regañemos cuando veamos que no ofende á Dios de hecho pensado.

Si Dios os deja tropezar, eso será para haceros conocer que si El no os tuviera, caerías completamente, y á fin de que os cojais más fuertemente de su mano.

Sed justo, no excuseis ni acuseis á vuestra pobre alma, sino después de madura consideración, temiendo que si la excusais sin fundamento, podrá hacerse insolente; y si la acusais con lijereza, podrá volverse pusilánime, pues le abatis el ánimo.

Cierto es que debemos tener para nosotros mismos un corazón de Juez; pero el Juez se pone en peligro de cometer injusticias, cuando precipita sus sentencias ó cuando las dicta turbado por la pasión.

Haced como los niños: mientras se sienten llevados por su madre en el andador, van atrevidamente y corren en torno suyo, y no se sorprenden por los pequeños tropezones que la debilidad de sus piés les hacen dar. Así, mientras veais que Dios os tiene por la buena voluntad y resolución que os ha dado de servirle, id atrevinamente y no os sorprendais de las pequeñas sacudidas que experimentaréis. Tampoco os apesadumbreis por ello, con tal que de cuando en cuando os arrojeis en los brazos del Señor, y le beseis con el ósculo de caridad.

Proceded alegremente y con corazón franco, en tanto cuanto podais; y si no procedeis siempre con alegría, nunca dejéis de hacerlo con valor y con confianza.

53.—El pecado.

Ninguna otra cosa, más que el pecado, puede separarnos de Dios.

Por el pecado, se pierde la gracia de Dios, se deja la parte de gloria que nos toca, se aceptan las penas eternas del infierno, y se renuncia á la visión y al amor eterno de Dios.

¿Cómo podrá concebirse que habiendo gustado el alma una tan gran dulzura, cual es el amor divino, pueda voluntariamente beber las amargas aguas del pecado? Si los niños pequeños, acostumbrados á alimentarse con leche y miel, aborrecen el amargo sabor del ajeno y del acíbar, y si se les obliga á tomarlos, lloran hasta perder el sentido; ¿cómo puede el alma, cuando está unida con el Criador, apartarse de la bondad divina; para correr tras la variedad de las criaturas?

El amor propio, hallando á nuestra fé falta de vigilancia, y como dormida, nos presenta algunos bienes vanos, pero cuya aparición seduce nuestros sentidos, nuestra imaginación y demás facultades de nuestra alma, y de tal modo inclina nuestro albedrío, que lo lleva hasta una completa rebelión contra el santo amor de Dios. Entonces, cual otro Rey David, sale de nuestro corazón con todo su acompaña-

miento, es decir, con los dones del Espíritu Santo y demás virtudes que son compañeras inseparables de la caridad, ó propiedades y resultados de ella, y no quedan en la Jerusalem de nuestra alma, mas virtudes que el Vidente Sadoc, es decir, el don de la fé, con que podemos ver las cosas eternas, y el don de la esperanza, representado por Abiatar. Ambos permanecen muy afligidos y tristes, pero manteniendo siempre en nuestras almas el Arca de la alianza, esto es, la calidad y título de cristianos, que adquirimos en el Bautismo.

La depravación de la voluntad, dice San Agustin, que no procede de otra cosa sino de la flaqueza de quien comete el pecado. Por tanto, es vano empeño el querer dar la razon al pecado; pues si tuviera alguna razon, dejaria de ser pecado.

¿Será posible que una alma bien nacida, quiera no solamente desagradar á Dios, sino amar el desagradarle?

Hay algunos que están ligados á la ley con cadenas de fierro, y esos son los que la observan por temor de condenarse. Hay

otros que están ligados á ella con cadenas de oro, y esos son los que la observan por amor.

La contrición y la confesión son tan bellas y de tan buen olor, que borran la fealdad, y disipan la hediondez del pecado.

En esta vida, siempre tendremos necesidad de trabajar: la fiesta de la Purificación no tiene octava; es preciso purificarnos todos los días, en tanto que habitemos en este mundo.

D. S. B.

INDICE.

	PAGS.
Aprobación.....	3
Prólogo.....	5
Dedicatoria.....	7
1—La devoción.....	8
2—La oración.....	9
3—Los consuelos espirituales.....	19
4—Las sequedades.....	21
5—La presencia de Dios.....	23
6—La lectura espiritual.....	25
7—Jesús, María y José.....	27
8—Las virtudes en general.....	34
9—La fé.....	36
10—La esperanza.....	39
11—La caridad.....	41
12—La voluntad de Dios.....	47
13—El amor del prójimo.....	49
14—Cómo se ha de hablar del prójimo.....	51
15—La tolerancia.....	53
16—El perdon de las injurias.....	54
17—La justicia.....	55
18—La corrección fraterna.....	58
19—Los juicios temerarios.....	60
20—Las conversaciones.....	62

21—La doblez y el fingimiento.....	65
22—La maledicencia.....	66
23—La calumnia.....	69
24—Los pleitos.....	73
25—La amistad.....	75
26—El amor propio.....	76
27—La buena fama.....	77
28—La humildad.....	78
29—La paciencia.....	85
30—Las enfermedades.....	87
31—La dulzura.....	89
32—La obediencia.....	92
33—La limosna y la pobreza.....	95
34—La castidad.....	97
35—La modestia.....	100
36—Los vestidos.....	101
37—La sencillez.....	103
38—La singularidad.....	106
39—La prudencia.....	108
40—La vigilancia.....	111
41—La desconfianza de nosotros mismos....	112
42—La confianza en Dios.....	113
43—Las pequeñas virtudes.....	115
44—Los deberes de estado.....	119
45—Las tentaciones.....	122
46—El mundo.....	126
47—La inquietud.....	128
48—La tristeza.....	130
49—El apresuramiento.....	132
50—Las imperfecciones.....	134
51—Los deseos inútiles.....	137
52—Las caídas.....	140
53—El pecado.....	143